

Seamos lo que recibimos

Los Padres de la Iglesia insistieron en cómo el cristiano se convierte de alguna forma en lo que recibe. San León Magno, en un sermón sobre la pasión del Señor, afirma: *“La participación del cuerpo y de la sangre de Cristo no hace otra cosa sino convertirnos en lo que recibimos: y seamos portadores, en nuestro espíritu y en nuestra carne, de aquel en quien y con quien hemos sido muertos, sepultados y resucitados”*. Los Padres de la Iglesia no cesaron de meditar esta afirmación paulina: *“Aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan”* (1 Cor 10, 17). San Agustín, comentando estas palabras a los que acababan de recibir el bautismo, decía: *“Recordad que un solo pan no se halla formado de un grano solo, sino de muchos. Cuando recibisteis los exorcismos, estabais -es un modo de hablar- bajo la muela del molino; cuando recibisteis el bautismo os trocasteis bien así como la pasta, y os coció, en cierta manera, el fuego del Espíritu Santo. Sed lo que veis y recibid lo que sois”*.

La integración alcanza así una hondura y una proyección insospechada. En la Eucaristía, los bautizados se descubren como el cuerpo de Cristo entregado por la muchedumbre; y, por otra parte, reciben y se entregan en él a los demás comensales como alimento para el camino.

De esta forma, el sacramento de la caridad divina hace sentir al hermano diferente, de modo especial al que comparte la misma fe, como “uno me pertenece”; nos invita a acoger y valorar al inmigrante como un regalo de Dios: “un don para mí”. Así surge la llamada a “darle espacio” para que pueda desarrollar libre y responsablemente las riquezas personales, culturales y religiosas que Dios depositó en él. La integración, por tanto, nada tiene que ver con la asimilación y absorción del otro. La comunión nos invita a sabernos necesarios y complementarios unos de otros en el cuerpo de Cristo resucitado.

Desde el misterio del cuerpo y sangre de Cristo, todos, incluidos los mismos emigrantes, estamos urgidos a trabajar incansablemente, tanto personal como comunitariamente, para que la integración de los inmigrantes en la sociedad se realice en la perspectiva de una auténtica convivencia fraterna. El sacramento del altar infunde en nosotros la caridad divina y nos da la certeza de que esforzarse por instaurar la fraternidad universal es el mejor servicio que podemos hacer al mundo. Para avanzar en este trabajo es necesario perder los miedos, aprender a valorar las personas en su diferencia y riqueza, combatir los prejuicios y mentiras que se alimentan en la opinión pública sobre los inmigrantes, desarrollar una acción pastoral que les haga sentir en nuestras parroquias y diócesis como en su propia casa, y luchar para que en la sociedad puedan vivir y trabajar como verdaderos ciudadanos. Trabajemos con pasión para que las comunidades parroquiales se conviertan en verdaderos laboratorios de integración cristiana y cívica.

Con la certeza que la Eucaristía infunde en nosotros, invitamos a todos los cristianos a ser agentes de una verdadera integración fraterna en la sociedad compleja y plural que nos ha tocado en suerte. La caridad de Cristo nos apremia a vivir para los demás y a acoger a todos como verdaderos hermanos. Y al agradecerlos todo lo que estáis haciendo para abrir caminos de integración fraterna, invocamos la maternal intercesión de María, para que los muros de la separación caigan y surja un mundo renovado en el amor, la justicia y la libertad.

